

EL PRESENTE HISTÓRICO EN LA GUERRA DEL GOLFO

Zvonimir Martinic

Universidad de Chile

Uno de los problemas más difíciles para un historiador es el análisis de los fenómenos contemporáneos, porque el lector demanda una explicación acabada de una historia que él mismo ha vivido, y que por la cercanía al hecho, no aparece tratada en los libros. Es justamente el caso de este tema, que intentará explicar por qué, más tarde o más temprano, Estados Unidos declarará la guerra a Irak, tal como lo hizo el año 1991 a través de la operación "Tormenta del Desierto". Se pretende por tanto "entender" la futura guerra, considerando que existen ciertos elementos que desde la guerra de 1991 se han mantenido constantes en el tiempo y que validarían esta nueva y posible guerra, teóricamente a desatarse en febrero de 2003.

Reitero que un análisis de esta naturaleza es particularmente conflictivo para quienes nos ocupamos del estudio del pasado, porque la Guerra del Golfo de 1991 fue un acontecimiento seguido por todos nosotros a través de los medios de comunicación. Forma parte, entonces, de nuestra historia del presente, de un proceso que aún fluye y que ha determinado, por parte de la población mundial, una nueva percepción del tiempo presente, a tal punto que desde ese acontecimiento, la prensa, los politólogos y los militares tienden a considerar que desde la década de 1990 se ha producido un cambio de época a nivel global, especialmente porque en esa década se produjo la desaparición de uno de los dos gigantes de la Guerra Fría, la Unión Soviética.

No obstante ello, el historiador debe trabajar con el pasado, y si acepta que en la década de 1990 se produjo a nivel global un cambio importante debe, en virtud de su oficio, aportar los elementos de juicio de carácter político, económico, social, militar, religioso y cultural que permitan, a través de su análisis, comprender que estamos ante una historia nueva caracterizada por sociedades diferentes a las existentes antes de 1990.

En este sentido, es evidente que una "posible" ruptura histórica de lo que fueron las características del siglo XX se sitúa entre las décadas de 1980 y 1990 con manifestaciones tales como la crisis de la ex URSS y, por ende, del socialismo real, dado que desde la Revolución Bolchevique de 1917, el Estado soviético había

propiciado la construcción de un nuevo modelo de sociedad, transformándose la URSS en la alternativa real para lograr este ideal.

Incuestionablemente, podemos establecer respecto a esta posible ruptura histórica que la década de 1980 mostró signos claros de crisis, "...Los acontecimientos políticos en el ámbito socialista tuvieron una primera repercusión mundial como fue la desaparición del sistema bipolar, de casi cincuenta años de duración, presidido por dos grandes superpotencias enfrentadas, que han coincidido, o quizás han tenido su origen mismo, con otros acontecimientos y movimientos asimismo de gran importancia, aunque menos espectaculares. En efecto, si el símbolo del cambio de época puede ser político, estatal o internacional, la "nueva historia" no se reduce a este hecho. En los años 90 parecen cristalizar otros inmensos cambios. La humanidad ha entrado de manera perfectamente reconocible en la expansión imparable de una nueva revolución tecnológica, la digital, la transformación de fondo de todo el sistema económico mundial, la revolución de la información y las comunicaciones de todo tipo, una serie de fenómenos que señalamos hoy con la expresión "globalización", el desorden de las relaciones internacionales, la distancia creciente entre las áreas desarrolladas y no desarrolladas del mundo, la presión cada vez más acusada de un problema "ecológico" o medioambiental y, en fin, la crisis observable de muchos elementos componentes de la cultura creados por la modernidad, en sus valores y su sentido. Es muy posible que con la historia de los años 90 del siglo XX, convenga ya empezar a hablar de postcontemporaneidad"¹.

No debemos olvidar que insignes historiadores como Eric Hobsbawm han reducido al siglo XX solo al período 1914-1991, vale decir, a todo el arco de tiempo que va desde la Primera Guerra Mundial hasta la caída de la Unión Soviética, un período al que Hobsbawm califica como el "siglo corto". "¿Sirven, por lo tanto, las coordenadas históricas con las que explicamos ese corto siglo XX, para explicar igualmente la historia mundial marcada por el postcomunismo y el neoliberalismo, la digitalización, la globalización y el orden del desorden internacional? La respuesta parece ahora más fácil: se trata de realidades históricas nuevas que representan el fin de algunas de las grandes certezas, o de las grandes creencias o ilusiones que habían iluminado la época contemporánea. Si nos basamos en ellas puede decirse que realmente la humanidad marcha hacia una nueva época. Pero también es cierto que el cambio ha comenzado ya antes..."².

¹ Aróstegui, Julio y Saborido, Jorge, "¿Hacia una nueva época?. Los años 90". En Aróstegui, Julio; Buchrucker, Cristián y Saborido, Jorge (Directores), *El Mundo Contemporáneo. Historia y Problemas*. Buenos Aires: Editorial Biblos, 2001, p. 788.

² *Ibíd.*, p. 790.

Esto es en lo que quisiera insistir; de una u otra manera todos los acontecimientos que se produjeron durante la Guerra Fría, muchos de ellos traumáticos, hicieron posible desde la década de 1990 una historia que respecto de sus hechos aún no está clara. "...No existen "libros de historia" sobre los años 90... Hay que acudir a fuentes específicas como: prensa, registros audiovisuales, testimonios orales, estadísticas, al no poderse recurrir, por lo general, a la documentación archivística. Hay que estructurar para hacerlo inteligible un transcurso de acontecimientos muy inmediatos que, considerados cada uno en sí mismo, pueden no mostrar con claridad su sentido propio. Además hay que tener en cuenta que la Historia que se está presentando ha sido vivida por quienes la están leyendo o escuchando. Por ello el historiador tiene que efectuar su visión desde la globalidad de todos los sectores de la vida humana, desde lo económico a lo intelectual, y desde la vida cotidiana hasta las estructuras más inconscientes en las que se mueven los sujetos"³.

Es necesario reafirmar entonces que lo antiguo y lo nuevo se entremezclan y que por lo tanto "la guerra que ya comenzó" debe ser entendida en el contexto de un presente distinto, pero especialmente desde los procesos que se venían gestando desde épocas anteriores, entre los cuales me parecen importantes: el renacimiento islámico, la política revisionista china, el gobierno de Ronald Reagan, las reformas de Mijail Gorbachov y, finalmente, analizar en forma somera la Guerra del Golfo.

El renacimiento islámico

Este fenómeno se explica porque en el curso de la postguerra todos los países islámicos lograron obtener su independencia y, sobre la onda de un gran movimiento nacionalista, lucharon para sustraerse, y en gran parte se sustrajeron, a la hegemonía económica y cultural de Occidente.

También es necesario considerar que en el contexto de los levantamientos regionales, la creación del Estado de Israel por las Naciones Unidas en 1947 generó la inmediata reacción de la Liga Árabe, una vez que David Ben Gurión procedió a proclamar el Estado de Israel en mayo de 1948. Las guerras árabe-israelíes que se sucedieron entre 1948 y 1973 pusieron de manifiesto el desarrollo de un "panarabismo" anti israelí, cuyo principal exponente fue Gamal Abdel Nasser, Presidente de Egipto. La imposibilidad de los Estados árabes del Medio Oriente de derrotar en cuatro guerras a Israel hizo posible el surgimiento de la resistencia palestina a través de la creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964, la que intentó hacer valer internacionalmente la causa palestina en desmedro del Estado de Israel.

³ *Ibíd.*, p. 791.

La decidida acción del presidente egipcio Anwar El Sadat, sucesor de Nasser, de firmar la paz entre Egipto e Israel en 1978, posibilitó a los egipcios no solo recuperar el territorio del Sinaí, sino también constituirse en un referente obligado de las posibles soluciones al problema palestino, no encontrándose la misma respuesta por parte de los Estados árabes de la región que, siendo la mayoría de ellos oligarcas, dictaduras, y muy pocos con un régimen de transición a la democracia, privilegiaron el resguardo de sus propios intereses internos, más que el compromiso internacional por la suerte de los palestinos.

No debemos olvidar además que el factor religioso ha sido también causa del nacionalismo islámico; ello se explica a través de la guerra entre Irán e Irak por la hegemonía del Golfo Pérsico que se desarrolló entre 1980 y 1988. Esta guerra tiene su explicación en el hecho de que en Irán la impronta absolutista e iluminada del Sha Rzeza Pahlevi privilegió sobre todo los intereses de la burguesía comercial, lo que produjo choques entre el Sha y la oposición de izquierda, como también la de la derecha fundamentalista islámica, todo lo cual, después de un período de luchas, revueltas callejeras, manifestaciones en contra del gobernante y reiteradas huelgas, obligó a Rzeza Pahlevi, enfermo de cáncer, a abandonar el país en febrero de 1979.

Se produjo entonces en Irán un movimiento revolucionario animado por el clero musulmán chiíta y cuyo máximo líder era el ayatollah Ruholla Komeini, quien fue traído desde Francia en donde estaba exiliado, para que se pusiese a la cabeza del Estado y estableciese una República islámica. Esta República fue, en verdad, un Estado teocrático, tradicionalista, antioccidental y populista, muy intolerante, que acentuó su oposición hacia Estados Unidos, país que había hecho de Irán el territorio estratégico de su política en el Medio Oriente. La crisis que se produjo entre ambos Estados tuvo su máxima expresión en el secuestro de un grupo de funcionarios norteamericanos por parte de una organización de militantes islámicos que contó con el apoyo y la cobertura de las propias autoridades estatales, y que los mantuvo como rehenes por más de un año en Teherán (1979-1981).

En 1980, Irán se vio enfrentado a una cruenta guerra con su vecino Irak, en ese entonces un país de aproximadamente 14 millones de habitantes, y al igual que Irán, un gran productor de petróleo en la región. La guerra se produjo por la disputa del territorio de Shatt-el-Arab, en el Golfo Pérsico, una zona en la cual se ubicaban las refinerías de petróleo. Debemos mencionar además que la guerra también estaba motivada por contrastes religiosos entre el islamismo chiíta de Irán y el islamismo sunita de Irak. No obstante ello, el problema de fondo de la guerra era, y lo será también en la Guerra del Golfo de 1991, e incluso para “la guerra que ya comenzó”, la hegemonía sobre los recursos petroleros de la región, ya que Irak, habiendo nacionalizado el petróleo, era en 1980 una nación próspera que aspiraba a transformarse en la mayor potencia del Golfo Pérsico; era un Estado liderado por el partido Al Ba’th que se inclinaba por un socialismo no islámico ni marxista y que representaba el modelo laico de las repúblicas del Medio Oriente, totalmente diferentes del Estado teocrático y fundamentalista del Irán de Khomeini.

Después de ocho años de duros combates, con pérdidas desastrosas para ambas partes, la guerra terminó sin vencedores ni vencidos, aunque en honor a la verdad, Irak estuvo a punto de doblegar a Irán. Ambos Estados experimentaron una gravísima crisis no solo por la pérdida de sus recursos humanos, sino también por la destrucción de sus riquezas. No obstante ello, el pequeño Irak no había sucumbido ante el gigante Irán de aproximadamente 45 millones de habitantes y ello lo fortaleció anímicamente, dotándolo de energías suficientes para transformarse en el paladín de un hegemonismo islámico, del cual Saddam Hussein no trepidaría en el tiempo en intentar asumir el liderazgo panarábico que había detentado Nasser.

La política revisionista china

A la muerte de Mao en 1976, se produjo en China la asunción al poder de una dirigencia “pragmática” que había sido reeducada en las cárceles, como consecuencia de sus “desviacionismos” cuando aún vivía el viejo líder. En este contexto, el liderazgo de Teng-Hsia-Ping propuso para China “mejorar el socialismo a través del capitalismo”, lo que fue capitalizado hacia 1984, luego de algunos años de fluctuaciones en la producción agrícola y de serias deficiencias en lo tecnológico. Las reformas que se iniciaron desde esa época en China apuntaban a lograr que la economía socialista actuara con los criterios del mercado y del beneficio, lo que en muy poco tiempo generó un desarrollo del sector privado, especialmente en el sector terciario y en las pequeñas industrias urbanas, lo que no estuvo exento de consecuencias negativas, tales como la desocupación y la inflación. “A los intentos de modernización económica no ha correspondido un adecuado compromiso en las reformas políticas. La China de Mao no había conocido nunca aperturas efectivas en sentido liberal y democrático. Mientras algunos observadores occidentales aplaudían la política de Teng-Hsia-Ping porque introducía formas de libre mercado, la historia de los últimos años ha demostrado que el grupo dirigente comunista vivía una forma perversa de iluminismo, pensando que el mundo se podía controlar con los instrumentos de una burocracia perfecta. En el sistema chino coexisten una economía de mercado y un partido autoritario, capaz de controlar la modernización aunque fuese necesario a través de la represión”⁴.

Acostumbrados los chinos durante tantos años al férreo control de la economía, la modernización impuesta venía ahora a generar los problemas propios de una economía en proceso de adecuación, como la desocupación y la inflación. Estas consecuencias generaron el descontento y las protestas de grandes

⁴ Desideri, Antonio; Iaccio, Marina, *Secondo Millenio. Storia e Historiografia*. Casa Editrice G. D’Anna. Firenze, 1992, p. 1078.

masas ciudadanas y obreras, situación que fue empeorando durante los años 1987 y 1988 al generalizarse la oposición antigubernamental de los estudiantes de las universidades de Beijing y de Shangai en marzo de 1989, quienes denunciaron sin tapujos las viejas prácticas despóticas del Partido Comunista y la corrupción existente al interior de él.

A estas manifestaciones estudiantiles se agregaron las de los intelectuales y profesionales, lo que obligó al P.C.CH a definirse. En la dirigencia comunista, el sector liderado por Zhao Ziyang fue abiertamente partidario de llegar a tratativas con el movimiento, mientras que el resto de la dirigencia consideró que las peticiones del movimiento: democracia, libertad de expresión, de reunión, de imprenta, libre e igualitario diálogo con la dirigencia del partido, discusión de la situación con los jefes del partido ante los medios de comunicación nacional y extranjera, eran la expresión clara de un movimiento antisocialista y contrarrevolucionario.

Todas estas acusaciones fueron rechazadas por los estudiantes reunidos en la plaza Tien An Men de Beijing, y al radicalizarse las posiciones, Zao Ziyang y los suyos fueron marginados, y Teng Hsia Ping y el gobierno optaron por la represión, la que tuvo que posponerse por la visita de Gorbachov a Beijing el 15 de mayo. Las huelgas de hambre iniciadas en Tien An Men se extendieron a las grandes ciudades de China, lo que obligó al gobierno a decretar la ley marcial el 20 de mayo. Finalmente, en la noche del tres al cuatro de junio de 1989, las fuerzas militares chinas se adueñaron a sangre y fuego de la plaza, aniquilando la inefectiva resistencia estudiantil. Según los observadores internacionales, el número de víctimas fue superior a 1.000; el gobierno chino tan solo reconoció 200.

El 24 de junio, el mundo se sorprendió negativamente cuando el Comité Central del Partido Comunista procedió a legitimar lo obrado y premió a los oficiales que habían tenido a su cargo la represión, procediendo al mismo tiempo a la remoción de sus cargos de todos aquellos funcionarios que habían tenido una posición ambigua frente a los hechos y que eran considerados “no fiables”. Desde 1997, el nuevo presidente chino, Jian Zemin, a quien Teng había escogido como su sucesor, podría mostrar al mundo las bondades económicas de un Estado totalitario.

El gobierno de Ronald Reagan

Ronald Reagan, Presidente republicano de Estados Unidos, ejerció el gobierno durante el período 1981-1989, y su elección fue consecuencia de un viraje a la derecha, generado en Estados Unidos con las manifestaciones estudiantiles y en el curso de la guerra de Vietnam. Esta tendencia se encarnó en la presidencia de Richard Nixon (1969-1974), y después del breve gobierno del demócrata Jimmy Carter (1977-1981) se afianzó durante la presidencia de Reagan.

El advenimiento al poder de Reagan venía a significar un rechazo neto a la intelectualidad liberal que había producido un giro hacia la izquierda en el país,

con las reformas sociales, los conflictos sindicales y la intervención estatal en la economía, reafirmandose como consecuencia de ello el neoconservadorismo del viejo partido republicano, cuyos postulados eran cada vez más aceptados y compartidos por la sociedad norteamericana. “El Presidente Reagan, restableciendo los temas del riguroso individualismo de la tradición republicana, postuló un programa de política económica que pareció desafiar (...) los principios de la economía. Propuso una serie de medidas, definidas por los publicistas como “Reaganomics”, mediante las cuales se debían reducir las tasas para impulsar la demanda interna y la inversión, cortar drásticamente los gastos sociales, dismantelar el edificio asistencial y liquidar la intervención del Estado en la economía: menos Estado, más mercado”⁵.

La revitalización del sector privado permitiría entonces reducir el déficit, al obtenerse un mayor beneficio fiscal, y si se tenía que limitar los gastos sociales, se debía en cambio aumentar los gastos militares. “En política exterior, Reagan se remitió al orgullo nacional herido por el fracaso de la guerra de Vietnam y los recientes secuestros iraníes. La América del Norte debía volver a adquirir la hegemonía mundial, debía volver a ser fuerte, potente y respetada. La superioridad en las relaciones con la Unión Soviética debía ser ganada nuevamente, no sólo en el plano de los vectores tradicionales (aviones, submarinos, misiles de mediano y corto alcance), sino que también debía ser llevado a cabo el programa de la “guerra espacial”, el SDI (Strategic Defense Initiative). De este modo, los Estados Unidos habrían logrado conquistar el “arma absoluta” capaz de decidir los conflictos atómicos del futuro”⁶.

La concepción de Reagan de la Unión Soviética era la de un “imperio del mal”, razón por la cual se hacía necesario que Estados Unidos se fortaleciese frente a la amenaza que representaba la URSS para su propia seguridad, y se impusiese sobre su rival tanto en lo político como en lo militar; una vez logrado esto, se podía proceder a las negociaciones, a imagen y semejanza de lo que habían sido en la década de 1970 los encuentros entre Nixon y Brezhnev.

A partir de 1983, Estados Unidos comenzó a superar las tendencias negativas de su economía generadas por la crisis del petróleo, lo que se manifestó en un considerable aumento y reforzamiento de la producción en diferentes áreas, lo que benefició a la población. “Los economistas y los politólogos colocan este aumento en el contexto del amplio cuadro de las medidas tomadas como consecuencia de la crisis del petróleo, pero en lo que respecta a Estados Unidos, están de acuerdo en indicar que, a lo menos, algunos aspectos de la política de Reagan han contribuido a esta nueva fase de crecimiento. Entre los factores positivos subrayan

⁵ *Ibíd.*, p. 1080.

⁶ *Ibíd.*

sobre todo, junto a los buenos resultados de la política de deflación y a la llegada a América de moneda extranjera, la confianza y el optimismo que el mensaje de Reagan supo difundir en el país, lo que se confirmó cuando las elecciones presidenciales de 1984, marcaron un éxito triunfal por segunda vez para Reagan y los republicanos”⁷.

Si la posición de Reagan era abiertamente anticomunista y dura, las nuevas realidades internacionales, y especialmente las reformas iniciadas en la Unión Soviética por el nuevo líder Mijail Gorbachov a partir de 1985, flexibilizaron su posición; no debemos olvidar además que también contribuyó a este cambio de actitud de Reagan el escándalo Irangate, descubierto en 1986, y que puso de manifiesto las oscuras redes de la venta de armas por parte de Estados Unidos al Irán del ayatollah Khomeini, con la finalidad de fortalecer este Estado, ante un eventual conflicto con Irak.

Muchos analistas consideran que la necesidad de Reagan de recuperar al electorado producto de la crisis de confianza que se había manifestado hacia el gobierno por el Irangate, obligó a Reagan a un cambio de política. Ello se reflejó en una nueva política de distensión hacia la URSS; dejando de lado las desafiantes alusiones hacia ese Estado, Reagan trató de generar un acercamiento entre las dos superpotencias. Desde 1985, con la Cumbre de Ginebra en donde se discutió sobre el modo de lograr el desmantelamiento gradual de los misiles de mediano y de corto alcance y sobre las bases de la OTAN y del Pacto de Varsovia, los encuentros entre ambos líderes cobraron cada vez más fuerza. En enero de 1986 fue la URSS la que propuso, sin lograrlo, la eliminación total de las armas atómicas en el lapso de 15 años, lo que significaría que el siglo XXI no viviría ya más bajo la amenaza de un conflicto nuclear. Curiosamente, el estallido del reactor nuclear de Chernobyl, en abril de 1986, puso nuevamente al mundo en guardia y mostró que la pesadilla aún no terminaba ya que además, la URSS había ocultado el hecho por espacio de una semana, habiéndose dado a conocer la noticia primero en Occidente, al constatar en Europa niveles de radiación provenientes de esta planta.

Los contactos se reanudaron en octubre de 1986 en Reykiavik (Islandia), Cumbre en la que los dos líderes acordaron desmantelar los misiles de mediano y corto alcance (Acuerdo INF: Intermediate Nuclear Force), lo que posibilitó su firma en Washington en 1987, siendo además aprobado por los países de la OTAN. Entre el 31 de mayo y el 5 de junio de 1988, una nueva Cumbre celebrada en Moscú insistió en lo precedentemente acordado, y a partir de 1989, estos acuerdos fueron continuados por el nuevo presidente de los Estados Unidos, George Bush. La Cumbre de

⁷ *Ibid.*, pp.1080-1081. Véase también algunos aspectos generales de Estados Unidos en: *Historia Oxford del Siglo XX*, Michael Howard y W. Roger Louis Editores. Tercera Parte: “La Guerra Fría. 14. Estados Unidos desde 1945”, de James Patterson.

Malta en diciembre de 1989 esbozó las grandes líneas de un proyecto tendiente a la reducción de los arsenales nucleares y al retiro en el año 2000 de las fuerzas armadas acantonadas en Europa, como igualmente la conversión pacífica del Pacto del Atlántico Norte y del Pacto de Varsovia.

Esta Cumbre puso también en evidencia la realidad de un nuevo clima político en Europa; en efecto, producto de las grandes transformaciones que afectaban a la Unión Soviética con el Gobierno de Gorbachov, el nueve de noviembre de 1989 caía el Muro de Berlín y se producía la emancipación de los países satélites de la Unión Soviética, abriéndose para este país como para los demás de la Europa del Este un período de dificultades políticas y económicas. Muchos politólogos señalan que la Cumbre de Malta debe ser considerada como el primer signo del término de la Guerra Fría, a partir de lo cual el mundo quedaba dominado por una sola superpotencia: Estados Unidos.

Las reformas de Mijail Gorbachov

En marzo de 1985, Mijail Gorbachov asumió el cargo de Secretario General del PCUS, iniciando inmediatamente la reestructuración económica: Perestroika y la transparencia informativa unida a la libertad de expresión: Glasnost, desde el interior del propio sistema soviético. La necesidad de llevar a cabo estas reformas había madurado en la mente de Gorbachov, porque durante la gestión de Brezhnev (1964-1982), la Unión Soviética había experimentado un estancamiento económico que se manifestó en una reducción de la calidad de vida de la población; existía un notorio descontento en la población por la falta de bienes, a lo que se sumó un fenómeno de disidencia por las aspiraciones a una mayor libertad política y de expresión, en suma, la necesidad manifiesta de la población soviética de lograr cambios sustanciales, los que no habían sido posibles porque los sucesores de Brezhnev entre 1982 y 1985, Yuri Andropov y Konstantin Chernenko, habían sido solo figuras pasajeras de la política soviética; débiles y enfermos, no habían sido capaces de lograr imponer las tan ansiadas reformas⁸.

Luego de asumir Gorbachov "...en abril de ese mismo año, el Comité Central del Partido, habiendo realizado un análisis sobre la crisis y formulado una explícita condena del pasado reciente, presentó un revolucionario programa que afectaba el campo de la economía, de las relaciones políticas internas y de la política internacional. Es necesario, se dijo entonces, liberarse del modo de pensar de la época de Stalin, cuando existía el viejo orden conservador y hacer renacer el espíritu del

⁸ Véase al respecto, Gorbachov, Mijail, *Perestroika. Nuevas Ideas para nuestro país y para el mundo*; Hobsbawm, Eric, *Historia del Siglo XX*; Laqueur, Walter, *La Europa de Nuestro*

leninismo. Se trata de una revolución que nace desde el vértice, pero de un vértice que ha comprendido y hechas propias las exigencias de la base”⁹.

En su primera etapa, la Perestroika intentó satisfacer las reales necesidades y exigencias del mercado socialista, desmantelando gradualmente la centralización económica e introduciendo paulatinamente contratos individuales en las fábricas y en las haciendas colectivas; se trató de proteger los intereses individuales, satisfaciendo las exigencias de la población e intentando mejorar su calidad de vida a través del aumento de bienes, incentivando de paso la inversión privada a través de la creación de sociedades mixtas. Pero no era solo la economía lo que preocupaba a Gorbachov; era también la necesidad de volver a recuperar en la política interna el espíritu de la Revolución. “No habrá democracia en la URSS –declaró Gorbachov– hasta que los Soviets no reasuman aquel real ejercicio del poder popular, que habían conquistado revolucionariamente en 1917. El poder de los Soviets, teorizado por Lenin, había sido liquidado en la era stalinista, cuando los Consejos habían sido sofocados por la estructura jerárquica del partido, que se había superpuesto a ellos. El giro hacia la democratización estuvo marcado, en julio de 1988, por las deliberaciones de la XX Conferencia Pansoviética. Esta propuso que en cada centro rural, aldea, barrio, ciudad, región, territorio, república, las elecciones de los Soviets se debían llevar a cabo mediante escrutinio secreto a partir de listas abiertas de candidatos. Listas abiertas significaba que los candidatos no debían ser, necesariamente miembros del partido. De estas elecciones debían surgir las nuevas estructuras de representación de la sociedad civil, un sistema democrático y descentralizado del poder estatal, separado y diferente de las organizaciones del Partido Comunista”¹⁰.

Como es obvio suponer, la separación entre Estado y partido inevitablemente tenía que producir a corto plazo efectos rupturistas en la Unión Soviética; estas se manifestaron primeramente en la Europa del Este, y finalmente afectaron a la propia URSS, la que tuvo que disolverse el 26 de diciembre de 1991, siendo reemplazada por la Comunidad de Estados Independientes (CEI), a la que adhirieron 13 de las 15 repúblicas soviéticas.

El tema de las reformas de Gorbachov y de la caída de la Unión Soviética es bastante amplio y complejo, y no es posible detenernos y profundizar aquí sobre ellas. Hemos clarificado algunos procesos de la década de 1980 que nos permiten comprender cómo al término de la Guerra Fría, al haberse disuelto la Unión

tiempo; Howard, Michel y Louis, Roger, *Historia Oxford del Siglo XX*; Bogdan, Henry, *La Historia de los países de la Europa del Este*; Mammarella, Giuseppe, *Historia de la Europa Contemporánea. 1945-1990*.

⁹ Desideri y Iaccio, *op. cit.*, p.1082.

¹⁰ *Ibíd.*

Soviética, al no existir ninguna otra potencia que se pudiera oponer a la hegemonía mundial de Estados Unidos, las condiciones estaban dadas para que la Guerra del Golfo se desatara sin interferencias de ningún tipo.

La Guerra del Golfo

Respecto de la Guerra del Golfo, es necesario considerar, en primer lugar, la instauración de un nuevo orden mundial por parte de Estados Unidos, país que propiciaba el real respeto a los derechos de todos los pueblos y una mayor justicia a nivel global, perspectivas que están en la base de la Guerra del Golfo, considerada como la primera crisis mundial que se produjo fuera del escenario tradicional de la oposición norteamericana-soviética.

En segundo lugar, debemos señalar la situación de Irak. Habíamos mencionado anteriormente que la guerra entre este país e Irán (1980-1988) había generado graves dificultades económicas internas y aumentado su deuda externa, no había significado una derrota para Irak; por el contrario, los iraquíes consideraban que podían haber derrotado a su vecino y se convencieron, merced a la encendida retórica de Saddam Hussein, que estaban llamados a desempeñar una función hegemónica en la región. Todo ello se hará realidad con la invasión por parte de Irak al emirato de Kuwait, país productor del 13 por ciento del petróleo mundial y con una renta per cápita de más de 11.000 dólares.

El 1 de agosto de 1990, Irak ocupó y se anexionó Kuwait, generando inmediatamente la airada reacción de los Estados árabes de la región, los que se sintieron amenazados. A esta reacción de rechazo se sumaron también las potencias occidentales y los organismos internacionales. El 4 de agosto, la Comunidad Económica Europea decretó el embargo a Irak, y entre agosto y noviembre de 1990, las Naciones Unidas emitieron 12 resoluciones condenando a Irak, lo que derivó en un ultimátum por parte del Consejo de Seguridad el 28 de noviembre, autorizando a los Estados miembros a utilizar la fuerza para restaurar la independencia del Emirato, si Irak no cumplía con lo que se le pedía.

Las fuerzas internacionales que se alistaron para el conflicto constituyeron la más formidable y heterogénea alianza multinacional y fueron lideradas por Estados Unidos, país que puso a disposición de sus aliados todos los medios logísticos y tecnológicos para lograr pleno éxito en la operación. Formaron parte de la alianza: Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Italia, Holanda, España, Noruega, Portugal, Turquía, Canadá, Checoslovaquia, Bélgica, y países musulmanes como Egipto, Siria, Marruecos, Arabia Saudita, Pakistán, Bangladesh, Senegal y Níger, a los que se agregaron, por parte de América Latina, Honduras y Argentina. Los contingentes se reunieron en Arabia Saudita, y el aparato aeronaval operó desde el Golfo Pérsico.

Al expirar el ultimátum dado a Irak, y sin haber tenido éxito las intervenciones diplomáticas para evitar la guerra, el 17 de enero de 1991 el presidente norteamericano George Bush dio la orden para el inicio de la operación bélica denominada "Tormenta del Desierto", cuya dirección fue asumida por el actual Secretario de Estado norteamericano, en ese entonces general, Colin Powell. Por espacio de 20 días, todo el peso del potencial aéreo aliado se dejó caer sobre Irak; Saddam Hussein intentó en vano provocar a Israel para que entrara a la guerra, confiado en poder sumar a su causa el frente de los países árabes. El 24 de febrero se inició la ofensiva terrestre que obligó a Irak a rendirse el 27 de febrero y a aceptar las resoluciones de la ONU y retirarse de Kuwait.

El término de la Guerra del Golfo significó la anulación de Irak como posible Estado hegemónico de la región, pero también dejó claramente de manifiesto que las relaciones regionales de liderazgo habían cambiado. Desde ahora en adelante, ningún Estado de la región podría desarrollar una política propia en la zona, sin que Estados Unidos estuviese de acuerdo y, lo que es más importante, el término del conflicto permitía a Estados Unidos controlar los recursos petrolíficos del Medio Oriente.

ABSTRACT

The author describes the decline and end of the Soviet era, that allowed the instauration of a new world order dictated by the U.S.A. When Iraq invaded Kuwait in 1990, it disrupted American plans for that region. The First Gulf War ensued and resulted in the defeat of the invader, thus allowing wider American hegemony world wide.